

¿ENTRE LA DERECHA PERONISTA Y GRUPOS PARAESTATALES?

LA OFENSIVA DE LA CONCENTRACIÓN NACIONAL UNIVERSITARIA EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (1973-1975)

Juan Luis Carnagui

Luego de su trágica participación en una asamblea estudiantil en la ciudad de Mar del Plata que culminó con el asesinato de Silvia Filler, la Concentración Nacional Universitaria (CNU) adoptó un bajo perfil. Debido a la fuerte resonancia del caso Filler en la prensa nacional y, muy especialmente, a la causa judicial que se inició con el fin de encontrar a los responsables del hecho, la CNU pasó inadvertida durante la reactivación política de 1972 y 1973. Ello fue resultado, en primer lugar, de la detención de algunos de sus miembros por su participación en el caso Filler. En segundo lugar, por la escasa dimensión de la organización. Finalmente, por un modo peculiar de comprender la política y sus prácticas que no se orientaba hacia la disputa por espacios de poder en la estructura partidaria. Durante este período la CNU evidenció su costado más débil mostrándose impotente en la disputa política. A contramano de ello, otras organizaciones juveniles, como la Juventud Peronista, mostraron un dinamismo arrollador ganando importantes espacios de representación. Sin embargo, y aquí reside un punto por demás significativo, fue al calor de este proceso cuando la CNU comenzó a desarrollar –junto con otras organizaciones y actores– una decidida avanzada contra el proyecto y las aspiraciones del peronismo revolucionario. Esta ofensiva fue particularmente visible, en el caso de la CNU, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) donde se había originado la organización.

En las páginas que continúan realizamos un seguimiento del accionar de la CNU durante el período 1973-1975. A lo largo de este breve período es posible vislumbrar, a nuestro entender, un cambio en las prácticas y los horizontes políticos propios de la organización. A la luz de estas transformaciones, consideramos pertinente repensar el lugar de la CNU en el marco de un espacio mayor vinculado a las acciones de la represión paraestatal.

Un dinamismo renovado

Los enfrentamientos sucedidos en Ezeiza el 20 de junio de 1973 mostraron nuevamente a la CNU en acción. Hasta ese momento, como señalamos al comenzar estas páginas, tras el asesinato de Silvia Filler la CNU se retrajo y, especialmente a lo largo de 1972, pasó virtualmente desapercibida. Esta retracción, sumada a la escasa dimensión que presentaba la CNU, tuvo un impacto notorio que resultó evidente ante el inicio del juego político partidario. En el marco de la reorganización del Partido Justicialista, fue ineficaz a la hora de disputar espacios de representación en las listas para autoridades del partido, primero, y para las candidaturas, más tarde. Marginada en la interna del partido, la CNU revitalizó, a la sazón, sus vínculos con la Rama Sindical que se presentaba en este contexto como un polo atractivo y potente en las disputas intra-peronistas. Pero incluso entonces, cuando el peso específico del sindicalismo parecía inclinar la balanza a su favor, la resolución de la interna en el Partido Justicialista fue negativa para el sindicalismo y, por extensión, para la CNU. El resultado final de la derrota en la reorganización partidaria se sustanció durante las elecciones nacionales del 11 de marzo de 1973. Estas consagraron a Héctor Cámpora como presidente de la nación y, junto a él, a aquellas “fuerzas sociales que asocian el regreso de Perón con la posibilidad de introducir cambios mayores” (Svampa 2003:384).

Paradójicamente, mientras el camporismo constituyó el momento en el que se articuló un amplio consenso en torno a un posible horizonte transformador – con la notable ascendencia de la JP-Montoneros en el gobierno– allí comenzaron a gestarse también los proyectos más decididos por cambiar su rumbo, limitando la participación de los sectores radicalizados e intentando desestabilizar al propio Cámpora. En este contexto la CNU fue parte de un armado mayor que, conformado por diversas organizaciones y actores vinculados al ministro José López Rega, buscó concretar estos objetivos.

El primer impulso en esa dirección se consumó al calor del regreso definitivo de Perón. Durante las reuniones en las que se delineó cómo sería la organización del acto de bienvenida al líder, el enviado directo de López Rega, Jorge Osinde, fue ganando terreno. Aprovechando la ausencia de Cámpora que se encontraba en Madrid junto a Perón, Osinde logró anular al vicepresidente Vicente Solano Lima hegemonizando la dirección de las reuniones. Fue el mismo Osinde quien, luego de descartar la propuesta realizada por la Policía Federal para efectuar la seguridad del acto, optó por conformar su propio esquema reemplazando a los efectivos policiales por militantes de distintas organizaciones que mantenían vínculos con el Ministerio de Bienestar Social. De acuerdo a Bonasso (2012:522), Osinde señaló “que el servicio de seguridad del ‘palco y adyacencias’ quedaba ‘exclusivamente a su cargo’ y que lo cubriría con un núcleo interno de ‘integrantes de la Juventud Peronista’ (la JSP, el CdeO, la CNU, etc.) y un anillo de manifestantes movilizados por los sindicatos”.

Desde el 19 de junio el palco se encontraba custodiado por miembros del COR, que respondían a Miguel Ángel Iñiguez, y por militantes de la Juventud Sindical y el CdeO. El grueso de los militantes de la CNU no estaban en el palco sino en las inmediaciones del mismo junto al grueso de los militantes sindicales vinculados a SMATA y la UOM. (Verbitsky, 1985:95) El trágico desenlace del 20 de junio presentaría de uno y otro lado a militantes platenses. Más allá de las variadas versiones en torno a los sucesos de Ezeiza, un amplio consenso coincide en que el tiroteo se originó cuando la columna sur de la JP-Montoneros entró en escena (Flaskamp, 2002). Ésta estaba integrada fundamentalmente por militantes de La Plata, Berisso, Ensenada, y englobaba a otros que provenía de Bahía Blanca, Mar del Plata, y del sur del Gran Buenos Aires, Lanús, Avellaneda, Lomas de Zamora y Monte Grande. La columna sur entra en escena por la ruta 205 y avanza hacia el palco. Como el resto de las organizaciones de la JP-Montoneros se encontraban del otro lado, comenzaron a rodearlo para situarse junto al resto de sus compañeros. Pero quienes estaban arriba del palco entendieron estos movimientos de un modo muy distinto. Sugestionados por los rumores conspirativos que

ellos mismos pregonaron, convencidos que debían “repeler la infiltración marxista en el peronismo”, dispararon contra la columna sur y así se desenlazaron los acontecimientos ya conocidos. Cuando se desataron los ataques, los militantes de la CNU –preparados para una situación así– apoyaron a la custodia del palco disparando contra la columna sur de la JP-Montoneros. Uno de los históricos miembros de la CNU, Félix Navazo, fue retratado tirado en el piso apuntando con una escopeta de grueso calibre. La fotografía publicada en distintos medios, entre ellos *El Descamisado*, terminó convirtiéndose en una de las postales más conocidas de los enfrentamientos. (El Descamisado N° 6, 1973)

Casi un mes más tarde, cuando aún resonaban los ecos de los sucesos de Ezeiza, la CNU publicó una solicitada refiriéndose a los hechos. Firmada por su líder, Patricio Fernández Rivero, y bajo el título de “Perón manda”, comunicaban su propia versión sobre los acontecimientos (Crónica, 16/7/1973). El objetivo principal de la solicitada consistía en disputar la batalla sobre los relatos que se habían instalado inmediatamente tras los sucesos. Entre la versión “neutra” de gran parte de la prensa de tirada nacional que hacía referencia a “enfrentamientos entre sectores antagónicos”, por un lado, y la posición de los sectores de la Tendencia que acusaban a la CNU y otras organizaciones de desplegar una “matanza organizada”, por el otro, la CNU buscó presentar un relato propio cuyo núcleo duro se asentaba en tres elementos bien definidos. En primer lugar, rechazaban de lleno la interpretación sostenida por la Tendencia Revolucionaria por considerarla una “intencionada tergiversación de los hechos”. En segundo lugar, invertía las acusaciones responsabilizando a “las izquierdas” por los sucesos, aunque sin atribuirles la autoría de los ataques. Por el contrario, afirmaban que las “provocaciones” realizadas fueron las que desencadenaron el conflicto, sin entrar en detalles respecto a quiénes originaron los disparos. La CNU esperó el momento que consideraba oportuno para publicar la solicitada, cuando –en sus propias palabras– se habían “aplacado un tanto los ecos de la prensa cipaya la histeria de las izquierdas luego de su ignominiosa, equivocada y trágica actuación provocadora el 20 de junio en Ezeiza.” Pero no sólo invertían la cuestión de las responsabilidades



sino también aquellas denuncias realizadas por *El Descamisado* que luego la CNU hizo propias. Un ejemplo de ello fue en relación a la presencia de francotiradores en los árboles cercanos al palco. Así, mientras la JP-Montoneros denunció la presencia de hombres armados apostados entre las ramas de los árboles, el relato de la CNU se refería a ello evocando la valentía del “pueblo peronista” que “enfrentó las balas asesinas con sus pechos, cuando se lanzó sobre los francotiradores con piedras y palos para defender al Líder que les querían arrebatarse...” (Crónica, 16/7/1973). La apelación al “pueblo peronista”, finalmente, conformaba el último de los aspectos presentes en el relato de la CNU. Con ello buscaban, por un lado, añadir un dudoso anclaje popular y de masas a sus acciones. Por el otro, hacían extensible al “pueblo peronista” la impugnación al proyecto político del socialismo nacional que les era propia. Así, en la solicitada oponían al proyecto de la patria socialista la antítesis expresada por la voz del “pueblo peronista” que “gritaba inmóvil entre las descargas ‘Perón, Evita, la Patria Peronista’”. (Crónica, 16/7/1973). La impugnación al proyecto político de la Tendencia acarrearba a su vez la denostación de los propios actores que lo sostenían. Sindicados de sectarios, arribistas o infiltrados, la CNU cuestionaba la identidad peronista de los sectores radicalizados. Con uno u otro adjetivo, el objetivo era el mismo: presentarlos como actores ajenos al campo peronista y, por tanto, interlocutores no representativos que deformaban la palabra de Perón y la doctrina peronista.

El 20 de junio de 1973 marcó el inicio de una ofensiva cuyo objetivo consistió en dismantelar –con un marcado signo anti-izquierdista– los cimientos de aquel peronismo que aspiraba a una transformación profunda de la sociedad. Ezeiza puso de manifiesto, también, que este proyecto lo encarnaban distintas organizaciones juveniles, algunos sindicatos, y sectores específicos que ocupaban espacios dentro del propio gobierno nacional –también en la provincia de Buenos Aires–. Este entramado de vínculos consiguió rápidamente su primera gran victoria cuando el día posterior al ataque de Ezeiza el propio Perón condenó públicamente la actuación de la Tendencia. En la batalla por los sentidos de Ezeiza este núcleo fue respaldado por la voz del máximo líder del movimiento quien afirmó,



en el discurso televisado durante el 21 de junio, “nosotros somos justicialistas. Levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes (...) son falsos peronistas o no peronistas quienes conducen actualmente el Movimiento.” (Sigal & Verón 2003:167) De acuerdo a estos autores, las palabras de Perón ponían en cuestión dos elementos básicos sobre los que se apoyaba la Tendencia “la actualización doctrinaria y la identidad entre patria peronista y patria socialista; legitimación, de hecho, del eslogan cantado por los grupos opuestos a la Juventud Peronista: ‘Ni yanquis ni marxistas.’” (Sigal & Verón 2003:167) En la misma línea Marina Franco señala que con el discurso del 21 de junio de 1973 Perón:

“formuló aquellos que serían los lineamientos ideológicos de la política estatal e intraperonista de los meses siguiente (...) Así, exhortando a volver ‘al orden legal y constitucional’ y ‘de la casa al trabajo y del trabajo a casa’ y denunciando a quienes deseaban ‘copar nuestro movimiento’ o ‘tomar el poder’, el viejo caudillo estableció la línea entre el ‘orden’ y el ‘desorden’ que el peronismo en el poder admitiría” (Franco 2012:47)

Cerca de un mes más tarde, el 13 de julio de 1973, con la renuncia de Cámpora y Solano Lima a sus respectivos cargo al frente del ejecutivo nacional, lograrían quizás su victoria más significativa. Luego de Ezeiza la CNU adquirió nuevamente un dinamismo sorprendente. Volviendo a su espacio natural de militancia, la universidad, su presencia y sus acciones contra organizaciones y militantes de izquierda volvieron a hacerse presentes. Esta renovada activación de la CNU se desarrolló con un grado creciente de violencia avivada al calor de las tensiones cada vez más agudas con los sectores radicalizados del peronismo. Sin embargo, hacia finales de septiembre sus acciones tuvieron un nuevo punto de inflexión. El martes 25, cerca del mediodía, un grupo comando asesinó a José Ignacio Rucci. Las vinculaciones entre el líder sindical y la CNU tenía su propia historia. Siempre dispuesto a colaborar con las organizaciones juveniles ideológica-

mente afines, los nexos que vinculaban a Rucci con Disandro y con los líderes de la CNU hundían sus raíces en los años '60. Incluso, en los inicios de la década de 1970, Rucci acompañó el acto de lanzamiento de la filial de la CNU en Mar del Plata.

El asesinato de Rucci marcó el momento decisivo a partir del cual la ofensiva contra los sectores radicalizados del peronismo fue adoptada como política oficial del propio movimiento. Pocos días después de este suceso, el diario *La Opinión* difundió el “Documento Reservado” del Consejo Superior Peronista en el cual se advertía sobre el “estado de guerra” en el que se encontraba el peronismo. A lo largo del mismo se responsabilizaba de los ataques a “los grupos marxistas terroristas y subversivos” cuyo accionar, decía, “importa una verdadera guerra desencadenada contra nuestra organización y contra nuestros dirigentes.” (*La Opinión*, 2/10/1973). Lejos de conformar una mera denuncia, el Documento Reservado exhibía una faz propositiva que incitaba a batallar contra la “infiltración marxista” afirmando: “el estado de guerra que se nos impone, no puede ser eludido, y nos obliga no solamente a asumir nuestra defensa, sino también a atacar el enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión.” Se iniciaba así, tal como ha señalado oportunamente Marina Franco (2011), la “depuración oficial” dentro del movimiento. Mientras los sectores radicalizados del peronismo lo cuestionaban con duros términos, quienes levantaban las banderas de la “patria peronista” vieron en el Documento Reservado una refrenda a sus posturas.

La ofensiva en la Universidad Nacional de La Plata

La “depuración oficial” en el peronismo tuvo múltiples implicancias y fue desarrollada por diversos actores en distintos espacios. Concretamente en el ámbito universitario platense, la CNU intervino como uno de los brazos ejecuto-

res que actuaron de acuerdo a las directivas trazadas por el Documento Reservado. (Abbattista & Carnagui, 2014) Evocando una de sus prerrogativas, “luchar contra el marxismo”, las intervenciones de la CNU se orientaron hacia objetivos de mayor envergadura. Hasta entonces sus acciones habían consistido en ataques ceñidos al movimiento estudiantil radicalizado. Sin embargo, durante el período comprendido entre la publicación del Documento Reservado y los asesinatos de Rodolfo Achem y Carlos Miguel en octubre de 1974 –que analizaremos más adelante–, la CNU sumó a sus habituales acciones otras claramente destinadas a coartar las políticas progresistas emanadas desde la conducción de la UNLP.

En los meses finales de 1973 primaron los ataques al movimiento estudiantil. Esto fue generando un amplio consenso en rechazo al accionar de la CNU. A raíz de ello, el 19 de octubre se realizó en la Facultad de Humanidades una reunión organizada por el Grupo Revolucionario de Base (GRB) y el Grupo de Estudiantes Antiimperialistas (GEA) con el objetivo de formar “grupos de autodefensa” para contrarrestar los ataques de la CNU. Paradójicamente, la asamblea, que contó con la participación de cien personas aproximadamente, debió suspenderse luego que un pequeño grupo de la CNU ingresó al recinto y golpeó a los oradores que estaban haciendo uso de la palabra. (Archivo CPM ex DIPBA, Mesa A, Leg. 216.)

En esta misma línea, en noviembre, la CNU perpetró un atentado durante las elecciones estudiantiles en la UNLP. Como había sucedido un lustro atrás el epicentro fue la Facultad de Arquitectura. El lunes 26 de noviembre los comicios en esa Facultad habían comenzado temprano por la mañana. Al ser los primeros que se llevaban a cabo tras el retorno a la democracia se esperaba una gran participación del estudiantado. Sin embargo, la misma tarde del lunes cuando aún se desarrollaba el escrutinio, la CNU ingresó al patio de la Facultad efectuando disparos con el fin de interrumpir las elecciones.

El repudio al accionar de la CNU fue monolítico. A raíz del atentado se registraron numerosas asambleas en las que participaron estudiantes, docentes y no docentes de la UNLP, así como las diferentes agrupaciones políticas universitarias. Como resultado de éstas, se solicitó a las autoridades de la Facultad el juicio

político para aquellos estudiantes de Arquitectura que habían participado en el atentado. También, se decidió conformar entre el estudiantado grupos de “auto-defensa” con el propósito de detectar sujetos “sospechosos” en la Facultad. De acuerdo al informe elaborado por la DIPBA a raíz del atentado, se instalaron en el comedor universitario una serie de carteles referidos al tema. Uno de ellos anunciaba: “Facultad de Arquitectura tomada en repudio del atentado perpetrado por las bandas fascistas” (Archivo de la CPM ex DIPBA, Mesa A, Leg. 15). El otro proclamaba lo resuelto por las asambleas: “formar comité de autodefensa para la libre marcha de la Facultad de Arquitectura y pedir la expulsión de esta Facultad de los fascistas que participaron del atentado armado.” (Archivo de la CPM ex DIPBA, Mesa A, Leg. 15)

Ese mismo informe de la inteligencia policial nos permite acceder al contenido de la nota que la CNU había enviado al Delegado Interventor Fornari. A lo largo de la misma podemos encontrar los fundamentos con los que la organización justificaba sus acciones. Según la propia CNU, la irrupción en Arquitectura perseguía el objetivo de:

“impedir que los profesores de la Sinarquía Intelectual, tanto de la izquierda como de la derecha, sigan corrompiendo a las nuevas generaciones de estudiantes, con la demagogia de la boleta y el final regalado, con la carencia absoluta de nivel y de dignidad Universitaria (...) donde advierten [los estudiantes] que su paso por la universidad no fue una entrega al saber para ponerlo al servicio de la Nación, sino una lamentable pérdida de tiempo con el agregado del lavado de cerebro-marxista completamente ajeno al ser del pueblo argentino que es Peronista, pero no pseudo-peronista de FAR y MONTONEROS sino peronistas de Perón.” (Archivo de la CPM ex DIPBA, Mesa A, Leg. 15)

Las repercusiones sobre el atentado en Arquitectura se mantuvieron vigentes a lo largo de noviembre y diciembre. Hacia finales de 1973, la serie de continuas asambleas culminaron con un masivo acto en los jardines del rectorado para

solicitarle al presidente de la UNLP, Rodolfo Agoglia, que se cumplan una serie de puntos acordados entre estudiantes, docentes y no docentes de la FAU. (El Día, 14/11/1973)

El dinamismo que exhibió la organización con el inicio de las actividades en 1974 puso de manifiesto un cambio sustancial. Si hasta entonces las acciones realizadas por la CNU habían tenido por objetivo atacar y desmovilizar a militantes y organizaciones de izquierda –peronistas o marxistas–, a partir de este momento perseguiría también un propósito de mayor envergadura: desmontar el proyecto de universidad popular impulsado en la UNLP. Allí, al igual que en otras universidades, desde principios de 1970 la peculiar articulación entre radicalización y peronización de los actores que la componían generó una experiencia singular preocupada por desarrollar una Universidad de corte popular. Concretamente en La Plata, esto tomó cuerpo durante el bienio 1973-74 como resultado de la implementación del proyecto “Bases para una nueva Universidad” elaborado en 1972 por la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN). Como señala Ramírez (1999), el proyecto fue respaldado por la mayor parte de los actores políticos de la UNLP, varios de los cuales –fundamentalmente aquellos vinculados a la Tendencia Revolucionaria– luego ocuparían espacios significativos en la gestión de la Universidad. El mismo se implementó “de inmediato a la asunción de Cámpora como presidente de la Nación, de Taiana como Ministro de Educación y de Agoglia como presidente de la UNLP” (Ramírez 1999:196-197). Asimismo, señala Ramírez, este proyecto encontró su límite en el “cambio de dirección” que adquirieron los acontecimientos a partir de 1974, en cuyo marco la CNU enarboló la más fuerte impugnación a dicho proyecto.

De la violencia política a la acción paraestatal

Desde comienzos de 1974 la articulación entre la CNU y las estructuras estatales se profundizó notoriamente. La renuncia del gobernador de la provincia de Buenos Aires Oscar Bidegain, a fines de enero, generó el clima propicio para ello.

Con la salida de Bidegain asumió el vicegovernador Victorio Calabró quien provenía de la Unión Obrera Metalúrgica, sindicato que mantenía profusos vínculos con la CNU. A lo largo de 1974 un nutrido grupo de militantes de la CNU fueron designados en el Hipódromo platense. Siguiendo los designios de Calabró, desplegaron allí un rol tendiente a amedrentar y desmovilizar a los sectores contestatarios que dificultaban el manejo de los recursos del Hipódromo. Para la CNU la estructura del estado provincial brindó una base sólida a partir de la cual sus acciones adquirieron un nuevo tenor. Ello resultó particularmente visible en el espacio universitario donde sus intervenciones presentaron algunos rasgos novedosos.

Cuando se reanudaron las actividades en 1974 en la UNLP, la CNU rechazó violentamente la implementación de los Cursos de Introducción a la Realidad Nacional. Estos eran parte de la estrategia que la conducción de la UNLP había diseñado en reemplazo de los anteriores Cursos de Ingreso eliminatorios. Entre quienes lo habían ideado se encontraba el Secretario de Supervisión Administrativa de la Universidad, Rodolfo Achem, uno de los dirigentes más destacados de la Agrupación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata (ATULP), y Carlos Miguel, Director del Departamento Central de Planificación de la UNLP, ambos militantes de la JUP. Buscaban con esta medida fortalecer el proyecto de una universidad inclusiva, brindando un panorama general sobre la situación nacional. A diferencia de sus habituales intervenciones caracterizadas por la acción directa violenta, durante el 18 de marzo los militantes de la CNU ocuparon el edificio del Rectorado y lanzaron en sus alrededores panfletos en contra de los Cursos y amenazando a las autoridades de la UNLP. La toma del Rectorado se resolvió una vez que el mentor ideológico de la organización, Carlos Disandro, ingresó al edificio y dialogó con los miembros de la CNU quienes accedieron a desocuparlo.

Las acciones que desplegaba la CNU en la UNLP se encontraban en sintonía con una impugnación mayor a la gestión Taiana al frente del Ministerio de Educación. Desde la designación de Taiana hasta su renuncia, el 13 de agosto de 1974,

la CNU fustigó en forma constante al entonces Ministro. Durante este período realizó numerosas contribuciones a *El Caudillo* sobre la cuestión universitaria, un tema que revestía un interés especial para el semanario. Un buen ejemplo de ello es el informe especial sobre la UNLP en el cual denunciaba a “los agentes de la sinarquía [que] pretenden eternizar a la Universidad como una isla bolche-trozkogorila para implementar sus inconfesables fines.” (*El Caudillo*, 14/3/1974) La crítica de la CNU se encarnizaba en particular con el rector interventor Rodolfo Agoglia a quien acusaba de haber “puesto en vigencia un nefasto plan”, con la colaboración de la “JUP, la alfonsinista-storanista Franja Morada, y el MOR, comunista ortodoxo.” (*El Caudillo*, 14/3/1974). De acuerdo al planteo de la CNU, el designio de Agoglia constituía “un oscuro intento sinárquico que pretende reemplazar a la gloriosa UNIVERSIDAD NACIONAL por un plan pro imperialista” (*El Caudillo*, 14/3/1974).

Con la asunción de Ivanissevich al frente del Ministerio de Educación es posible detectar una modulación en las referencias a la cuestión universitaria, tanto por parte de la CNU como en la línea editorial de *El Caudillo*. En este nuevo tono, a la habitual denuncia contra el marxismo, el liberalismo y la sinarquía, se sumaba el reconocimiento de la figura de Ivanissevich y, también, una decidida prédica por ocupar la Universidad. La misma revista era consciente de esta transformación en las referencias al nuevo Ministro. Así, *El Caudillo* decía “por eso, el tono de esta carta es muy distinto al que usábamos en las que le dirigíamos a Jorge Taiana. A usted le hablamos con toda la buena fe que un peronista usa para dirigirse a otro.” (*El Caudillo*, 6/9/1974) En la misma línea, expresaban su entusiasmo ante el programa presentado por Ivanissevich en su discurso de asunción que pretende “educar” y “no deformar” (*El Caudillo*, 13/9/1974)

Con la puesta en marcha de la “misión Ivanissevich” la CNU combinó, por un lado, las denuncia a los miembros de la sinarquía universitaria –ya sea través de solicitadas e informes especiales publicados en las páginas de *El Caudillo*–. Por otro lado, sumó a ello las habituales acciones violentas aunque dirigidas específicamente a los cuadros políticos de la militancia universitaria y a dirigentes de la

UNLP. Este último señalamiento resultó trágicamente visible en octubre de 1974. Con el deliberado objetivo de truncar la experiencia transformadora generado al calor del documento Bases para una nueva Universidad, un grupo integrado por varios militantes de la CNU secuestraron y asesinaron a Rodolfo Achem y Carlos Miguel. Ambos eran, además de militantes de la JUP, dos de los actores más destacados de la gestión de la UNLP. Las reiteradas amenazas que la CNU les había dirigido terminaron por cumplirse el 8 de octubre. Tras los asesinatos de Achem y Miguel la UNLP se mantuvo cerrada y el Ministro Ivanissevich dispuso su intervención designando a Pedro Arrighi como rector interventor. La gestión encabezada por él fue fiel representante de las expectativas de Ivanissevich en las Universidades. Arrighi caracterizó a quienes lo había precedido en duros términos diciendo que “desde la Presidencia de la Universidad se dirigió inteligentemente una ingeniosa penetración marxista”. (El Día, 27/2/1975). Entre sus primeras medidas suspendió al personal designado desde el 25 de mayo de 1973, anuló las promociones realizadas desde marzo de 1973, y prohibió la realización de actos y/o encuentros políticos dentro de las instalaciones universitarias (Godoy, 1995: 184).

En este nuevo marco el discurso de la CNU comenzó a delinear un tono radicalmente distinto de aquel otro de corte confrontativo al que había apelado con recurrencia. Una vez conocida la noticia de intervención en la UNLP envió una solicitada a El Caudillo que, con el título “Estudiantes en serio”, decía:

“La tarea de esta hora no es la de reemplazar el activismo y la agitación Montonera por otro activismo de signo contrario. Quienes ante la in-moral gestión universitaria recientemente desplazada, levantamos el reclamo de ‘QUEREMOS ESTUDIAR’, hoy ante la Intervención dispuesta por el Poder Ejecutivo, señalamos que: La Universidad recuperada para la grandeza de la Nación y la felicidad del pueblo, debe detener para siempre aquellas ideologías que la convirtieron en un reducto de la antipatria. Sobre el Marxismo y el Liberalismo sinárquicos, elevemos el pensamiento doctrinario de Perón, que establece los prin-

cipios que orientan la misión de la Universidad Justicialista.” (El Caudillo, 11/10/1974)

La solicitada conformaba un canto de victoria. Para la CNU estaba claro que los asesinatos de Achem y Miguel significaban un duro golpe a la gestión universitaria, y que la intervención posterior abría las puertas para una profunda reestructuración de la UNLP. La Universidad Nacional de La Plata, en las propias palabras de la CNU, “había sido recuperada”. Paradójicamente, luego de los hechos de octubre la organización comenzó a diluirse. Desde entonces cesaron sus colaboraciones en El Caudillo y el seguimiento de la cuestión universitaria realizado por la revista pasó a ocuparse específicamente de la UBA y de la gestión de Ottalagano (Izaguirre, 2011).

Conclusión

Los asesinatos de Achem y Miguel constituyeron, a la vez, la acción más extrema de la CNU y el punto culminante de una escalada de violencia destinada a coartar las políticas desarrolladas por la gestión de la UNLP. En esta última cuestión, en especial, lograron cumplir sus objetivos. En otro orden de cuestiones, esta acción puso en evidencia, también, un cambio profundo a nivel organizacional. En primer lugar, en cuanto a las prácticas y a los sentidos de la violencia. El caso de Achem y Miguel inauguró una modalidad que en los años siguientes se haría habitual. Hasta entonces el secuestro y el asesinato no conformaban parte del repertorio de prácticas empleadas por la organización. Sin embargo, desde finales de 1974 en adelante la CNU se reduciría por completo a esto. Ello puso de manifiesto, en segundo lugar, una reconfiguración de la propia identidad de la CNU. Desde entonces, este tipo de acciones, sumada al entramado en el que se encontraba inserta la CNU, obligan a situarla junto a aquellos actores que por estos años se encargaron de desarrollar la represión paraestatal.

Vale preguntarse, ¿qué elementos habían cambiado dentro de la CNU para habilitar estas transformaciones? Debido a las características de la CNU, desde sus orígenes resultaba natural un nexo vinculante hacia otros actores de derecha. Pero especialmente a lo largo de 1974, una serie de sucesos aceleraron y profundizaron esta articulación. El 20 de junio de 1974, Patricio Fernández Rivero, el líder histórico de la CNU, sufrió un accidente automovilístico que le provocó graves lesiones. Las secuelas del accidente –perdió un brazo a raíz de ello– lo alejaron de la conducción de la organización. Desde entonces, Félix Navaso y Martín Salas, los otros dos antiguos referentes de la CNU, ocuparon la conducción. Sin embargo, tanto Navaso como Salas fueron asesinados, el 1 de julio y el 4 de agosto respectivamente, por comandos vinculados a la JP platense.

La ausencia de los viejos referentes generó un vacío significativo, el cual se agudizó debido al tradicional verticalismo de la organización. Ello permitió la emergencia de un núcleo generacionalmente más joven y radicalizado que fue el que imprimió los rasgos salientes desde 1974 en adelante. Este grupo provenía de la Concentración Nacional de Estudiantes Secundarios (CNES), un sello ficticio mediante el cual la CNU buscó sin éxito hacer pie en las escuelas secundarias de la ciudad. Sus principales miembros eran Juan José Pomares, Antonio Agustín Jesús, Néstor Omar Causa, Gustavo Fernández Supera, y el más joven, que terminaría comandando el grupo, Carlos “el indio” Castillo. (Cecchin & Elizalde Leal, 2013) Desde entonces, al compás de sus vínculos con el gobierno de Calabró, fue este núcleo en especial el que marcó el ritmo y los horizontes de la CNU reducidos, como mencionamos anteriormente, al accionar paraestatal.

En paralelo a la articulación con la estructura del estado provincial, algunos de ellos se desempeñaron también en la UNLP como preceptores en los colegios dependientes de ella. Así, por ejemplo en el Liceo Víctor Mercante, desde inicios del ciclo lectivo del año 1975 cumplieron estas funciones Néstor Causa y Nora Fiorentino, la viuda del Martín Salas que por entonces se había casado con “el indio” Castillo. Junto a ellos, aunque encargado de la función de jefe de disciplina,

también ingresó al Liceo Jorge Disandro, hijo y colaborador de su padre Carlos en los proyectos de la Hostería Volante. (Cecchini & Elizalde Leal, 2013)

A lo largo de las intervenciones de la CNU, en especial en el escenario universitario, es posible vislumbrar cómo la organización fue reconfigurando su fisonomía y sus objetivos. Tales cambios iluminan, a nuestro entender, la paulatina articulación entre ella y los engranajes de la represión paraestatal. Los sólidos vínculos tejidos por la CNU y las estructuras –formales e informales– del estado, que se cimentaron desde comienzos de 1974, crecieron y se robustecieron a lo largo de ese año y del siguiente. El seguimiento de la trayectoria del grupo nucleado en torno a la figura de Carlos “el indio” Castillo resulta trascendental para analizar los vínculos entre civiles y militares antes y después del 24 de marzo de 1976.¹

Bibliografía

ABBATTISTA, Lucía y Juan Luis CARNAGUI (2014). “La “depuración oficial” en las políticas educativas: la gestión Ivanissevich en el Ministerio de Educación de la Nación y su impacto en la UNLP”, ponencia presentada en las VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata.

ALTAMIRANO, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires, Siglo XXI.

¹ Nota de los editores: este artículo puede ponerse en diálogo con otras presentaciones realizadas en anteriores Talleres de Discusión sobre las Derechas en el Cono sur, siglo XX. Al respecto puede verse: Juan Ladeuix, “Los últimos soldados de Perón: Reflexiones en torno a la violencia paraestatal y la derecha peronista a través de una experiencia local” 1973-1976, en Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría (comps.): *Las Derechas en el Conos Sur, Siglo XX. Actas del Segundo Taller de Discusión*, Tandil, Secretaría de Investigación FCH-IEHS/UNICEN, 2012. Allí el autor analiza las formaciones paramilitares desde una perspectiva teórica y empírica a través del análisis del caso Mar del Plata. Y, también puede verse Juan Luis Besoky: “Leales y ortodoxos, la derecha peronista. ¿Una coalición contrarrevolucionaria?” en Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría (comps.), *Las Derechas en el Conos Sur, Siglo XX. Actas del Cuarto Taller de Discusión*, Los Polvorines, UNGS, 2012. El autor analiza a la derecha peronista en variadas dimensiones, articulando sus propias apreciaciones con la bibliografía previa y prestando especial atención a la CNU y la juventud sindical, sin descuidar otras organizaciones cercanas. Los textos están disponibles en www.ungs.edu.ar/derechas

BESOKY, Juan Luis (2014). “Algunas cuestiones para pensar la violencia paraestatal 1966-1976”, ponencia presentada en las *VII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

BONASSO, Miguel (2012). *Cámpora. El presidente que no fue*. Buenos Aires, Planeta.
CECCHINI, Daniel y Alberto ELIZALDE LEAL (2013). *La CNU. El terrorismo de Estado antes del golpe*, Buenos Aires, Miradas al Sur.

FLASKAMP, Carlos (2002). *Organizaciones político-militares: testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

FRANCO, Marina (2011). “La ‘depuración’ interna del peronismo como parte del proceso de construcción del terror de Estado en la Argentina de la década del 70”, *A contracorriente*, vol. 8, Nº 3.

--- (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Buenos Aires, FCE.

GODOY, Eduardo (1995). *La historia de ATULP*. Asociación de Trabajadores de la Universidad de La Plata, La Plata.

IZAGUIRRE, Inés (2011). “La Universidad y el Estado terrorista. La Misión Ivanissevich”, en *Conflicto Social*, Año 4, Nº 5.

LADEUIX, Juan Iván (2012). “Los últimos soldados de Perón: reflexiones en torno a la violencia paraestatal y la derecha peronista a través de una experiencia local. 1973-1876”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y Olga ECHEVERRÍA (comps.) *Las Derechas en el Conos Sur, Siglo XX. Actas del Segundo Taller de Discusión*, Tandil, Secretaria de Investigación FCH-IEHS/UNICEN.

RAMÍREZ, Ana Julia (1999). “Radicalización y peronización de los universitarios: El caso de la UNLP (1969-1974)”, *Sociohistórica-Cuadernos del CISH*, vol. 4, Nº 5.

SIGAL, Silvia y Eliseo VERÓN (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, Eudeba.

SVAMPA, Maristella (2003). “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”, EN JAMES, Daniel (dir.). *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires, Sudamericana.



VERBITSKY, Horacio (1985). *Ezeiza*. Buenos Aires, Contrapunto.

¿Cómo citar este artículo?

CARNAGUI, Juan Luis, “¿Entre la derecha peronista y grupos paraestatales? La ofensiva de la Concentración Nacional Universitaria en la Universidad Nacional de La Plata (1973-1975)”, en BOHOSLAVSKY, Ernesto y ECHEVERRÍA, Olga (eds.) *Las derechas en el cono sur, siglo XX. Actas del sexto taller de discusión*, Los Polvorines, 2015, pp. 66-83. Disponible en www.ungs.edu.ar/derechas

